

Deja que los perros ladren

El título de esta obra de Sergio Vodanovic no guarda relación ni con la envergadura del drama ni con la seriedad del asunto que plantea.

Parece que se anunciara un vodevil y lo que resulta, en verdad, es una de las piezas teatrales más macizas y más profundas que se hayan representado en Chile.

Dejemos esto a un lado, sin embargo, y hablemos del drama en sí.

A primera vista, el personaje central es ese funcionario pundonoroso a quien persigue la prensa y el gobierno por cumplir con su deber. Se le ordena clausurar un diario por razones políticas, pero fundándose en razones subalternas de salubridad. El funcionario se resiste hasta que la presión resulta insuperable y, desde el momento en que, por fin, cede, comienza para él la prosperidad.

Una vida sencilla y pobre se transforma de improviso en una vida ostentosa. El dinero llega a raudales, pero no llega por canales legítimos. Eso perturba la paz hogareña, distancia a la mujer y envenena al hijo. El muchacho, como todos los muchachos, no sigue el ejemplo de las palabras de su padre sino de sus actos y poco empieza a resbalar en la mollis y en el despilfarro.

Es en ese momento cuando el muchacho se torna en el personaje central, en el eje del tremendo drama.

En medio del boato y la comodidad, el padre comprende que su hijo se transformará en un traficante más, en un gestor de negocios turbios y en un triunfador a costa de las mayores inmoralidades.

La conciencia se hace presente y, de improviso, el viejo funcionario vuelve atrás, se detiene en el camino fácil, renuncia a medrar a la sombra del compadrazgo y pone al hijo enfrentado a la realidad. La realidad es la antigua pobreza, el esfuerzo honrado, la carrera difícil, pero compensadora de satisfacciones espirituales.

El muchacho pertenece a la generación colérica de los insatisfechos y excéntricos. Hace su alegato y, pese a la debilidad en que se funda, tiene ribetes brillantes cuando afirma que no hay nada grande por qué luchar. Compara el tiempo actual con lo anterior y piensa que antes había más razones para vivir y hasta para morir por un ideal cualquiera.

La madre le escucha y está temblando para su hijo un sweater de lana. Viene el invierno, llegará el frío y la peqñehita causa que ella persigue es que su hijo tenga con qué abrigarse. Ella tiene una razón de vivir.

El desenlace del drama se precipita, triunfa el ensueño sobre la garra, el padre renuncia su cargo y abandona el turbio negocio.

Lucha una vez más. Lucha contra todos, contra los perros que ladran, pero hay en la lejanía una clara luz de amanecer.

Vodanovic ha dicho con esta obra una palabra tonificante y sincera. Los jóvenes exigen causas grandes para vivir, pero hay miles de causas bellas de cualquier tamaño en que solo los jóvenes pueden combatir con eficacia.

He ahí su labor. He ahí su misión suprema.

Esta obra de Vodanovic podría rubricarse con la frase de Claudel:

—La juventud no se ha hecho para el placer, sino para el heroísmo.